

CUENTOS Y LEYENDAS DE LA PALOMA

LA CORONA

Era una de esas calles que ahora ya no existen, quizás la de los Cojos, o de la Chopa, las Velas o el callejón del Tío Esteban. Con la construcción de una avenida y de la plaza el lugar ha cambiado mucho y yo tengo mala memoria. Piensa que eso sucedió hace siglo y medio, que se lo escuché a mi abuela cuando era niño y ella a su abuela. No creo que sea necesario el lugar exacto para lo que voy a contarte.

Lo que importa es que aquella noche se había producido un gran incendio y que una de las casas quedó completamente destruída y las contiguas, a uno y otro lado dañadas. Los vecinos habían visto aterradas como las llamas acababan con las techumbres y pisos de madera y los bomberos no pudieron hacer nada ni tampoco las gentes que fueron a buscar agua con cubos hasta la Fuentecilla.

Don Antonio, el platero tenía su taller en una de esas casas contiguas y cuando por la mañana pudo entrar encontré las mesas, las estanterías y los taburetes medio quemados ; la fragua no había sufrido demasiado y los punzones y cinceles, martillos y alicates, soladores y buriles, estaban por los suelos porque por allí habían pasado los bomberos en su afán de apagar el incendio . Fue recogiendo sus materiales uno por uno y estaban todos. Pero faltaba la corona en la que había estado trabajando hasta la tarde anterior. ¿ Cómo era posible? ¿ Quien la había robado? Era de plata, una joya y en el barrio había bastantes malas personas. Cualquiera de ellas podría haberla robado aprovechando lo sucedido. Llevaba muchos días fabricándola y debía entregar su obra la semana siguiente.

Estaba acongojado, a punto de echarse a llorar; no a maldecir porque era un buen cristiano. Y en ese momento llegó un chaval con el recado de que el cura de la capilla de la Virgen de la Soledad de la Paloma le pedía que acudiera urgentemente.

El rector del santuario, don Ruperto Dominguez, lo esperaba en la puerta de la capilla. Don Antonio, el platero, entristecido, le contó la desaparición de la corona. El cura, tomándolo del brazo comenzó a decirle:

“Esta mañana, cuando estaba celebrando misa, levanté los ojos al cuadro de la Virgen y vi que sobre su cabeza descansaba una corona de plata. Cuando terminé la eucaristía pude observar el cuadro con más detenimiento aquella corona, la más hermosa que jamás ha lucido Nuestra Señora de la Soledad”.

Habían entrado ya en la capilla y don Antonio se acercó al retablo y vio con incredulidad primero y con asombro después que la corona de la Virgen era la misma en la que había estado trabajando tantos días, hasta la víspera y que ahora se hallaba terminada, pulida y reluciente.

Con palabras entrecortadas dijo a don Ruperto Gómez: “Reverendo padre, en esta obra han intervenido los ángeles Es muy grande la diferencia entre lo que yo he venido haciendo durante semanas y lo que ha sido concluido en pocas horas. Yo consideraría que tocar esa obra maravillosa, querer modificar un solo detalle de esa corona terminada de manera prodigiosa, sería un pecado”.

EL VELATORIO

En marzo de 1920, cuando murió doña Elvira, condesa de San Rafael, fueron muchas las personas que acudieron a su velatorio. No solo fieles del barrio de la Paloma, a la que frecuentemente acudía por su devoción a la Virgen y porque una de las fundadoras de la Congregación y miembro de la Junta de Damas, sino de otras muchas obras en favor de las mujeres perseguidas, maltratadas y explotadas: el Patronato contra la Trata de Blancas, la Escuela Modelo de Párvulos, el Bazar Obrero y el Instituto de reformas Sociales. De todas ellas era fundadora o vocal de la directiva y siempre estaba dispuesta a dar las ayudas económicas que hicieran falta para su sostenimiento. No debemos extrañarnos por tanto que en el velatorio estuvieran mezcladas damas de la nobleza con mujeres que estaban rehaciendo su vida en la residencia y escuela de formación profesional donde se alojaban 56 muchachas que habían sido rescatadas de la explotación sexual a la que eran sometidas. Aquella noche pasaron por delante del féretro ricos y pobres, sacerdotes, chulapas, castizos. y gentes personas que habían compartido con ella su preocupación social y entrega en favor de la redención de la mujer.

En un rincón de la gran sala por la que toda la noche se sucedían los rezos y las gentes que querían despedir a doña Elvira, permanecía de

rodillas, con las manos unidas y la cabeza inclinada hacia la derecha una mujer que tenía un vestido blanco y sobre él un manto negro, con el que incluso se cubría la cabeza.

Al salir más de una de las personas que se habían fijado en ella se preguntaban quien era, porque el rostro les resultaba familiar. Horas después, cuando estaban ya en sus casa, el de unas un palacio, el de otras una corrala, y empezaba a amanecer, todas, en el mismo momento lo recordaron: Aquel rostro que les resultaba familiar era el de la Soledad de la Paloma.

Corrieron de nuevo al velatorio, pero la Señora ya no estaba allí. Había vuelto al templo antes de que se abrieran las puertas y se celebrara la primera misa. Nuestra Señora había querido acompañar al cuerpo de la difunta que tanto la había querido, con sus oraciones y sus obras de misericordia.

EL AYUNO

Pablo, el sacristán, era un hombre de buen comer. Debía tener sus pecados, pero de lo que siempre se confesaba en los tiempos penitenciales de la Cuaresma y el Adviento y todos los viernes del año era de no cumplir el ayuno y la abstinencia.

Los días de ayuno pasaban entonces del medio centenar y la abstinencia debía guardarse todos los viernes del año. En esos días Pablo sentía como mordiscos en el estómago y para colmo sentía como si le golpearan el corazón para que se arrepintiera, las tardes en que tenía que escuchar a los niños aprendían de memoria el cuarto mandamiento de la Iglesia en el catecismo del P. Ripalda o el del P. Astete.

¿El precepto de ayunar a que nos obliga?

A no hacer al día más que una comida propiamente dicha; pero se permiten por la mañana un ligero desayuno y la colación por la noche.

¿El precepto de la abstinencia a qué nos obliga?

A no tomar la carne ni su caldo.

Luego el cura, a los que eran ya mayorcitos les explicaba que la abstinencia obligaba a partir de los 7 años y el ayuno de los 21. Por la

mañana se podían tomar un poco, que no pasara de dos onzas (60 gramos); si pasaba de dos era pecado venial y si pasaba de cuatro, mortal. Por la noche, la colación podía ser de unas ocho onzas (240 gramos). Pasar de ello sería quebrantar el ayuno. Añadía que estaban excusados del ayuno los que tenían más de 60 años, los enfermos y los que tenían trabajos duros.

El párroco, don Ruperto Gómez, le repetía una y otra vez en la confesión que el quebrantar el ayuno y la abstinencia era para él más grave que para otros, porque los fieles se fijaban en lo que hacía y algunos se escandalizaban. Debía guardar el ayuno el Miércoles de Ceniza, los viernes y sábados de Cuaresma, los tres días de las Témperas y los cuatro de vigiliass. Pablo se sentía desfallecer de hambre y se refugiaba en la capilla de la Soledad buscando el consuelo de Nuestra Señora. Como se tenía que levantar tempranos y eran muchas las tareas que debía desempeñar, a veces descabezaba un sueño ante la Virgen.

Un día, cuando se despertó encontró ante él, al pie del altar, un paquete. Extrañado - ¿quien lo habría dejado allá y cómo no lo había visto antes -, lo abrió. Contenía una barra de pan, un chorizo y un buen pedazo de queso. Subió corriendo a la casa del cura para contarle lo sucedido y qué debía hacer.

Don Ruperto se sonrió y le dijo: “Pablo, no debes desairar a la Virgen. Cómetelo. Ella te puede dispensar del ayuno y la abstinencia; yo no”.